MIGUEL NEBEL



CANTOS DE LA VIDA

Cantos de la Vida

En preparación:

DIAS SIN SOL



MIGUEL NÉBEL

CANTOS DE LA VIDA

CARTA - PRÓLOGO
DEL
Dr. Alberto Guani
Catedrático de Literatura en la Universidad de la República ◇ ◇ ◇ ◇ ◇

IMP. DORNALECHE Y REYES
MONTEVIDEO

Carta-prólogo

CARTA - PRÓLOGO

Señor don Miguel Nébel Alvarez.

Mi estimado amigo:

Debisteis haceros presentar al Público, — tan insaciable en su avidez crítica, como candoroso en su infantil credulidad, — por alguna de nuestras indiscutidas eminencias literarias: Zorrilla de San Martín, Blixén, Rodó, que os habrían transformado, á un golpe de su mágica palabra, en un Poeta perfecto, de estro ya glorioso y áurea lira, cuyo primer acorde vibrara, virginal y triunfante, en el tranquilo amanecer de las letras nacionales.

No habéis estado feliz, pues, en la elección de vuestro prologuista; mas en esto mostráis también el desinterés de vuestro esfuerzo y la confianza viril en vuestras propias energías, desafiando, sin auxilio extraño, las inclemencias presentidas del primer viaje hacia las brumosas lejanías del Éxito, playas soñadas, hasta donde algunos llegan porque tienen rémiges fuertes y vuelos caudales, mientras, otros, son arrojados tan sólo porque

los empuja, mansamente, el suave alisio de la simpatía ó de la benevolencia pública.

Noto, sin embargo, que en este ensayo inicial de vuestra descollante inteligencia poética tengo alguna remota participación que os habrá inducido, seguramente,— como que sois un espíritu devoto del recuerdo y encariñado con las gratas emociones del pasado,— á concederme la inmerecida distinción de estas líneas de preámbulo: no olvido que hace ya algunos años, siendo yo redactor de « El Siglo », os presentasteis á mí, entre balbuciente y desorientado, con un manojo de papeles entre las manos; os conocía, por esa época, adorador ferviente de los ejercicios atléticos y más dado, en consecuencia, al culto de cualquier Dios hercúleo, que al trato delicado y galante de las Musas.

Nunca habría adivinado que en aquellas blancas cuartillas se encerraban las primicias de vuestro numen ignorado y que me las entregabais para oir mi opinión, bastante más familiarizada entonces que ahora, por cierto, con las dulces idealidades de la Poesía.

Os manifesté francamente que continuarais en la senda iniciada; que debíais perseverar en el noble afán de hacer versos animando á la palabra escrita con la vida del ritmo y de la cadencia, suave é inadvertida música de la estrofa que envuelve al pensamiento en el más bello ropaje y que es el único idioma expresivo de toda la gama del sentimiento humano, desde los arrebatos impetuosos de la pasión y del odio, hasta las murmurantes languideces de la piedad y del amor...!

Tal vez escuchasteis mi humilde consejo; concentrasteis el espíritu en la meditación y el estudio, luchasteis, silencioso, con las arideces fatigantes del trabajo, y, al través de los años, Vencedor, gallardo caballero en el alado corcel de vuestra rica inspiración, volvéis á mí con este libro fulgurante que es como el heráldico trofeo de vuestra victoria moral!

Compartirán este juicio cuantos os lean y penetren,

guiados por la magia de vuestro estilo, límpido y tranquilo como la luz de un astro sereno, al encantado dominio de vuestra rima, que es, ante todo, de una sencillez impecable y que, en la grácil suavidad de su contorno, parece — como cuenta el poeta enamorado — que al producirla, más bien que escribir, dibujarais el pensamiento con líneas de transparencia ideal y de helénica dulzura.

Os dirán que hay defectos en vuestra obra. Creed á los sinceros, á los que quieran corregiros para que alcancéis más pronto el alto rango que el porvenir os reserva entre nuestros vates más ilustres; pero desconfiad de las críticas mezquinas que desencadena la maldad, casi siempre, sobre todo cuanto empieza á florecer y á elevarse.

No os desalentéis frente á la fatal carcoma de la envidia humana, que, al fin, este vicio, como dice la vieja sentencia, es el desgraciado homenaje que la inferioridad rinde al mérito.

Vuestro afmo. amigo,

Alberto Guani.

Septiembre de 1906.

Introducción

Introducción

Para tí....

Cuando á la noche, el viento golpea los cristales de mi ventana, me parece oirle murmurar un nombre; luego, adormecido con la cadencia triste de sus notas, dejo vagar mi imaginación por las regiones del ensueño, y aparece ante mi vista, surgiendo de las sombras, una imagen, ¡mi eterna compañera! pero esa imagen se esfuma cuando el cincel de mi pensamiento quiere esculpirla para transformarla en ídolo.

Desde que te he presentido, vivo para tí, he amado todo aquello que pueda tener relación con tu persona, y quise ser poeta, para dar libre expansión á mis sentimientos, para ofrecerte lo más íntimo de mi corazón.

Luego... aquellos pensamientos que me huían en mis noches de insomnio, cayeron prisioneros después de una lucha desesperada, otros, ¡aun rebeldes! no han querido sujetarse á la esclavitud de la forma, y vagan libremente.....

Es fuerza que reconcentres toda tu alma en los que quedan encadenados á este libro; ellos gozarán su vida, ¡la vida que gozaban antes! al hallarse cerca de tí.

Para el público pasarán inadvertidos muchos de ellos, pues

para él no han sido creados; es una confesión que dejo en descubierto, mas sin temor alguno, pues se necesita de una clave para poderla descifrar.

¡Pobres pensamientos!... Los he visto revolotear en torno de mi lecho, llenos de luz, de movimiento, de color... y ahora, sobre este libro, los contemplo mustios, endebles, ¡cautivos! extinguiéndose lentamente en medio de una vida artificial.

Preciso es que les abras las puertas de su estrecha cárcel, y de nuevo desplegarán sus alas, y volarán á la región donde nacieron!

Esa es la misión que tienen que cumplir en la tierra, ¡anhelan encontrarte! mientras lloran su perdida libertad.

Tú, puedes brindársela... por eso van hacia tí—¿pero quién eres tú?—lo ignoro—sé que existes y eso me basta.

No me abandones, ¡sombra querida! préstame el valor para luchar contra las amargas decepciones; acompáñame á sufrir los primeros desengaños, pero sigamos, sigamos juntos—¡consuela tanto entre dos que se quieren llorar una misma pena!

Preciso es que conozcas mis más íntimos secretos, y es fuerza que no quede en mi cerebro un rincón que no hayas habitado.

¡Ven! y lee en mi alma ese poema que es tuyo, pero que yo no sé escribirlo....

Sepa que te hallas á mi lado mientras lucho por conquistar la cima; no lo dudes, ¡yo escalaré la montaña! me alienta la esperanza de igualarte—de ser lo que tú eres.

Espérame allí: en la cumbre. ¡Yo iré á buscarte!

5 - V - 06

Primera parte

La vida

> « Nuestras vidas son los ríos
> Que van á dar á la mar. »
>
> *Jorge Manrique.*

I

TODO está oculto en nuestra vida instable
Por sombra impenetrable:
¡El origen y el fin de la existencia!
Pues de la cuna hasta la tumba vamos
Sin saber donde estamos,
¡Si es sueño ó realidad, cuerpo ó esencia!

II

Profundo enigma es el cerebro humano
Inescrutable arcano
Donde un rayo divino centellea
Infiltrando su luz al pensamiento;
¡Color que va en el viento
A revestir de formas á la idea!

III

La muerte que destruye nuestras galas
Presta al alma sus alas;
Jeroglífico es ella que la ciencia
Del sabio no ha podido resolverlo,
¡Ni podrá comprenderlo
Jamás su limitada inteligencia!

IV

Impulsada por fuerza poderosa,
La vida misteriosa,
Como las ondas de fecundo río
Que besando las flores en los prados,
Ó en campos agostados
Corre, ya sin premura, ya bravío;

V

Ora rugiendo turbia su corriente,
Ó manso y transparente;
¡Sigue su curso hasta que al fin le es dado
Terminar su carrera, y fatigoso,
Espira silencioso
En el sepulcro que la mar le ha creado!

VI

Así la vida, alternativas pasa:
Joven, todo lo abrasa,
Lo circunda, lo baña, lo colora,
Esparciendo la luz y la alegría
Con la dulce armonía
Que surge con los rayos de la aurora!

VII

Mas cuando ya el crepúsculo aparece,
La vida languidece:
Se extingue su vigor; pálido y mudo
Flotando queda el panorama incierto,
Como sombra de un muerto,
Como un recuerdo de expresión desnudo.

VIII

Como el río, la vida en su camino,
Sujeta está al destino
Que le trazó al nacer la Omnipotencia,
Y así como él, el fin encontraremos;
Mas como él, gozaremos,
Al rodar al abismo, otra existencia.

IX

Porque no es concebible que en la nada
Quede el alma abismada;
No debe de perderse con el viento!
Fuerza tiene que haber desconocida,
Que la lleve á otra vida
Donde pueda gozar de pensamiento.

X

Hija de Dios el alma, ¿es concebible,
Es acaso posible
Que su existencia sólo un soplo sea
Y que su luz se extinga con la muerte,
Y como el cuerpo inerte
Quede también el fuego de la idea?

XI

¡No puede ser! Que solución suprema
Necesita el problema
Que no se halla en la muerte definido;
Mas nuestra mente lucharía en vano,
Por saber el arcano
Que yace en el abismo sumergido.

XII

Y sin embargo el pensamiento anhela,
        Perseguir esa estela
Que el alma ha de dejar á su partida,
Y el filósofo vela eternamente,
        Por descubrir la fuente
Do se encierra el origen de la vida.

XIII

¡Delirio del humano pensamiento
        Por abrazar el viento!
Detén sabio tu marcha, ello es preciso;
¡Espera que la Muerte sea tu guía,
        Espera hasta ese día
Que el secreto sabrás del Paraíso!

La infancia

XIV

PRIMERA edad... ¡infancia bendecida!
Aurora de la vida
Sin recuerdos ni sombra en la memoria;
La mirada tranquila, indiferente,
Y sin surcos la frente
Que marquen los secretos de una historia.

XV

¡Oh, visiones de amor! ¡oh, dulce calma
Que aún flotáis en el alma
Como espejismos de lejano día
Que nos transportan á la edad primera!
¡Oh, fugaz primavera,
Llena tú al menos la memoria mía!

XVI

¡Oh, bellos sueños que mi mente adora,
        Delirio que atesora
En vagas formas nuestra infancia amada:
Dejad que yo recuerde cariñoso,
        El tiempo más hermoso,
Que pasó como pasa una alborada!

XVII

Que es la infancia el amor, la poesía,
        La eterna luz del día
Impregnando en el éter sus colores;
Visión que roba del azul del cielo,
        Ese místico velo
Que se llama el pudor en los amores.

XVIII

Días serenos que cuando era niño
        Me disteis el armiño
De vuestros cielos claros, sin rubores,
¡Dejadme que otra vez vea esos cielos,
        Y caigan estos velos
De sombras, que me ocultan sus fulgores!

XIX

Dejad que yo recuerde aquella infancia,
Tiernísima fragancia,
Aroma que de mi alma se desprende,
Rayo que deja luminosa estela,
¡Inspiración que vuela
Y en busca de la luz sus alas tiende!

XX

Dejadme descender de la montaña,
Siento una fuerza extraña
Que me arrastra á gozar la primavera;
Y si hallara en la sima mi alegría,
¡Mi ardiente fantasía
Al fondo del abismo descendiera!

XXI

¡Dichosa edad, perfume de las flores!
Débil nido de amores
Que se aduerme á los besos de la luna
Y canta con el beso de la aurora;
¡Imagen tentadora,
Volvedme al sueño de mi blanda cuna!

XXII

¡Cantos de mi laúd, forjad quimeras!
Flores de mis praderas,
Volved á mi jardín muertas sonrisas;
¡Despertad al murmullo de la fuente,
Y en mi marchita frente
Rocen las alas de aromadas brisas!

La juventud

XXIII

¿QUÉ es juventud? — Inspiración que crea;
La fantástica idea
Que encerrada en el fondo del abismo,
En el abismo, por las cumbres canta;
Aurora que levanta
En medio de la noche el espejismo.

XXIV

Es la nota que surge, que se extiende,
Y en su vuelo pretende
Llenar el ancho espacio de armonía;
Ir hasta el sol, llegar á las estrellas,
Y eclipsar las más bellas
Con la luz de su alma poesía.

XXV

Tortura la ambición nuestra memoria,
Nos deslumbra la gloria,
Y henchidos de pasión por conquistarla
Quedamos en su sombra convertidos,
¡Y en las cumbres, rendidos,
La miramos después sin alcanzarla!

XXVI

Es la edad que vé todo concebible,
Fácil y comprensible,
Do la fortuna sin luchar se alcanza,
Donde la duda sin razón se aleja,
Porque el alma refleja
En su limpio cristal solo esperanza!

XXVII

Allí nace el amor puro y ardiente,
Ofuscado y vehemente,
Que con nerviosas alas de gigante
Halla siempre el espacio reducido;
¡Que con vuelo atrevido
En busca de su ideal sigue triunfante!

XXVIII

Pero cuidad que en el abismo mora
        La imagen tentadora,
Y es fácil al abismo desplomarse;
En esas alas no confieislo todo:
        ¡Cae la nube al lodo
Cuando sólo soñaba en remontarse!

XXIX

Porque así como todo en la existencia
        Pierde forma y esencia,
Así la juventud, ¡flor de un estío!
Efímera en su ser, pliega las alas;
        ¡Pues se extinguen sus galas
Al beso del crepúsculo sombrío!...

XXX

¡Oh, juventud! yo marcho por tu senda,
        Y dejaré de ofrenda
Todo un himno de amor á tu memoria;
Y en él han de vibrar las armonías
        De tus hermosos días:
¡Que en libro de oro escribiré tu historia!

El amor

XXXI

ES el amor el sol de la existencia;
En el lirio, es esencia,
En las aves, el canto melodioso,
En la aurora, la púrpura encendida:
¡El alma de la vida
Que alimenta en el germen voluptuoso!

XXXII

Él es en medio de la noche oscura,
Estrella que fulgura;
En el desierto, un oasis florido;
Un delirio del alma que en su vuelo,
Se remonta hacia el cielo
¡Como águila caudal que busca el nido!

XXXIII

Es el canto que lleva con sus notas,
Armonías ignotas;
Un secreto que duerme en los dolores,
Un signo que traducen las sonrisas,
¡El beso de las brisas
Arrullando los sueños de las flores!

XXXIV

La comunión del alma enamorada,
La luz de la alborada
Que saludan las aves en los huertos;
Un cielo azul, sereno, transparente;
¡Aroma en el ambiente,
Y en la espesura trinos y conciertos!

XXXV

Él es el paraíso que soñamos,
Y á su encuentro volamos
Con la alma virgen de ilusión henchida;
Pero de ofrenda en sus doradas salas,
Dejaremos las alas,
¡Porque allí está la cumbre de la vida!

XXXVI

Es la voz de una lágrima que encierra
Un enigma en la tierra;
La gota de rocío transparente
En alas de una blanca mariposa;
¡El rumor de una rosa
Al abrir su capullo floreciente!

XXXVII

Es un delirio que la fiebre crea,
Visión que centellea
Y aparece en el alma, esplendorosa,
Cuando abre el alma su corola al día;
¡Es sublime armonía,
Hija de Dios y como Dios grandiosa!

XXXVIII

Es el sol refulgente que ha quedado
Ricamente engarzado
En una limpia gota de rocío;
Y al ver allí su majestad impresa,
¡Suavemente la besa,
Y la gota se pierde en el vacío!...

XXXIX

Que el amor es así, vano, orgulloso,
Y no se da reposo
Hasta ver su quimera realizada;
Mas luego que su objeto ha conseguido,
¡Se vuelve arrepentido,
Pues al irla á buscar, no encuentra nada!...

XL

Amor, sublime ideal, sol que venero,
Bajo tus alas quiero
Gozar de tu templada primavera,
Aspirar el perfume de tus brisas,
Reir con tus sonrisas:
¡Que en tus brazos morir, mi gloria fuera!

El hogar

Á Manuel Lessa.

XLI

ES el hogar la aspiración del hombre
Por perpetuar su nombre,
Y hacia él se vuelve seducido, ufano,
Cuando la luz de la razón le alumbra,
Porque entonces vislumbra
En él, la dicha que ha buscado en vano.

XLII

El hogar es amor, premio que al alma
Le da descanso y calma,
Porque en su seno lo más noble encierra;
Es la causa inmortal de nuestro anhelo,
La bendición del cielo
Que Dios dejó caer sobre la tierra!

XLIII

Vemos en él nuestra pasada infancia;
La exquisita fragancia,
De la flor marchitada se desprende;
Vuelve de nuevo el sol como en otrora,
Y aquella ¡nuestra aurora!
En nuestros hijos vemos que se enciende;

XLIV

Por eso le amo yo, por eso canto,
Y con brío levanto
Mi voz, entusiasmado y animoso,
Y quiera Dios que el eco de mi acento
No se pierda en el viento;
¡No muera entre las sombras silencioso!

XLV

¡Pero no ha de morir! porque al marasmo
Fulmina mi entusiasmo
Y el plectro de oro entre mis manos siento;
¡Ya soy fuerte; Señor, ya desafío
Con arrogante brío
La nostalgia que abruma al pensamiento

XLVI

¡Hogar! ¡luz inmortal, vida del alma!
Con tu plácida calma
Yo me siento feliz. En ti contemplo
Un nuevo sol que adoro inmensamente,
Y con delirio ardiente
¡Me postraré de hinojos en tu templo!

El invierno del alma

XLVII

Se fué la luz... huyó la primavera...
Ruedan en la pradera
Como un despojo las marchitas flores;
Ya la selva desierta ha enmudecido,
¡Sin cantos yace el nido,
Y muerto el corazón á los amores!

XLVIII

La escarcha va cubriendo las colinas,
Y el alcázar en ruinas
Ha cerrado sus puertas... Ya sus fiestas
Al beso de la noche enmudecieron,
Sus ecos se perdieron...
¡Ha espirado la voz de sus orquestas!

XLIX

En el fondo del alma se retrata,
        Una luna de plata,
De la misma Tristeza mensajera,
Cuya llama arde apenas mortecina;
        ¡Ya su luz no ilumina
Como la luz de nuestra edad primera!...

L

Son los recuerdos que aparecen mudos,
        Son símbolos desnudos
Que del sol del pasado se alimentan,
Y dejan al surgir en la memoria,
        Retazos de una historia
Que de nuevo á nuestra alma se presentan.

LI

Es fuego que en la mente se ha extinguido,
        El último gemido
Que en la noche combate por el día
Y entre las sombras por la luz combate,
        Cuando triste se abate
El cuerpo, ante su próxima agonía.

LII

Son suspiros y acordes misteriosos
        Que vagan rumorosos
Y entre las sombras mueren... Es la esencia
De una flor que ha caído. Son las voces,
        De amores que veloces
Huyeron para siempre en la existencia.

LIII

Es la pálida luz de las estrellas,
        Antes rojas y bellas;
Es el sol engarzado en negro broche
Que da al alma fatal melancolía;
        Son los salmos de un día
Que duermen en el seno de la noche...

LIV

Es el triste crepúsculo que llega...
        El árbol que doblega
Su copa bajo el cierzo, macilento;
Es la mística voz de una campana,
        Armonía lejana...
Que llega al corazón como un lamento.

LV

¿Qué es la noche del alma?—Un abismo
Que lo encierra á uno mismo,
Y llega al fondo de él luz y alegría,
Y al levantar al cielo la mirada,
¡No se percibe nada
Mas que el lejano resplandor del día!...

Segunda parte

Natura

Al doctor Alberto Guani.

I

NATURALEZA toda, ¡yo te adoro!
Mi juventud, mis sueños, mi alegría,
Formarán tempestad de alegre coro
En medio de tu rica fantasía!

II

Brisas del mar ¡traedme en vuestro vuelo
El divino cantar de las sirenas;
¡Manche la aurora con su grana el cielo!
¡Y cúbranse los prados de azucenas!

III

Frutos dé el árbol, manantial la fuente;
Traiga el éter sus auras perfumadas,
Y surja del arroyo la corriente
Entre el rumor de palmas y cascadas!

IV

Module el ruiseñor en la floresta
Sus trinos, sus canciones, sus conciertos;
Despierte el lago de su muelle siesta,
Besen sus ondas los frondosos huertos!

V

El sol, el campo, el aura, la montaña,
El valle, la colina y la pradera,
Desde el desierto monte á la cabaña,
Sonrían al llegar la primavera!

VI

Y al caer de la noche los crespones,
La luna melancólica en el cielo,
Como el ave buscando otras regiones,
Pase en silencio en su nocturno vuelo!...

VII

Naturaleza toda, ¡yo te adoro!
Mi juventud, mis sueños, mi alegría,
Formarán tempestad de alegre coro
En medio de tu rica fantasía!

Manchas de sombra

SONETO

MI amor tiende las alas y en su celo
Recorre tu jardín, y en cada rosa
Deposita una lágrima amorosa
Y luego sube á conquistar el cielo.

Disipa el alba de la noche el velo,
Despierta la mañana majestuosa,
La saluda la selva rumorosa
Y emprende el ave de su nido el vuelo;

Abrió la rosa su corola al día,
Brinda la flor su aliento perfumado
Y regala á las brisas su ambrosía:
¡Ya es todo animación, luz y concierto!...
Sólo queda en las rosas enlutado
Un pensamiento ¡por tu amor que ha muerto!

Invocación

I

¡JUVENTUD, de la luz divino emblema!
Como águila caudal tended el vuelo;
¡Á conquistar la mística diadema
Que sólo brilla en el azul del cielo!

II

Tened por vuestro juez vuestra conciencia
Y siempre falle por el bien humano;
¡Que simbolice el triunfo de la ciencia
Y sea el anatema del tirano!

III

Corazones con fe y almas con brío,
Templad la lira de las cuerdas de oro
Y lleven vuestras notas al vacío
El entusiasmo en cántico sonoro.

IV

Si espacio piden vuestras fuertes alas,
Si el alma anhela luz para su gloria,
Si os queréis adornar de regias galas
Para lucir al sol vuestra victoria;

V

Tomad tan sólo la virtud por guía,
El bien como un deber inmaculado,
Como sagrada ley, vuestra hidalguía,
¡Y como nombre, vuestro nombre honrado!

VI

Sólo la patria vuestro orgullo sea;
Su libertad, un lema soberano,
Y bendecid con sangre en la pelea
Su honor, contra las iras del tirano;

VII

Caer por ella en desigual combate
Es ascender al templo de la gloria;
¡Corazón que en el yunque no se abate,
Deja en el mundo perennal memoria!

VIII

Sólo á la muerte doblegad la frente,
Mas sin miedo en el alma, sin flaqueza:
¡Cae el sol en su tumba de Occidente
Coronado de luz y de grandeza!

IX

No empañe vuestro Ideal una derrota;
Seguid altivos por la misma senda;
¡Marchad allí donde la palma brota,
Que al fin su sombra encontraréis de ofrenda.

X

Adorad el Progreso que es la vida
Que al oprimido pueblo regenera,
Y así la gloria, con el bien fundida,
¡Brillará como un astro en la bandera!

XI

Coronad de laureles á la Ciencia,
Que cuando incline la gallarda frente,
¡Será para embriagarse con la esencia
Que ha de esparcir la Libertad naciente!

XII

El templo del saber, sobre la tierra
Levantad, acudiendo á sus altares,
¡Y fundiréis el rayo de la guerra
En la sombra de verdes olivares!

XIII

Prodigad á raudales la riqueza,
Y al levantarse el sol en el Oriente
¡Contemplará el esfuerzo y la grandeza
Alumbrando orgulloso vuestra frente!

XIV

Si de la patria cae el poderío
Tronchado por un golpe de fortuna,
¡Acordaos que al sol en el vacío
Lo eclipsa á veces la menguada luna!

XV

Sed como el león que en el desierto se halla:
¡Cuantos más adversarios, más vencidos;
Y si el lauro alcanzáis en la batalla,
¡Ved con ojos de hermano á los caídos!

XVI

¡Juventud, de la luz divino emblema!
Como águila caudal, tended el vuelo;
¡Á conquistar la mística diadema
Que sólo brilla en el azul del cielo!

XVII

¡Mirad al Porvenir, que entre nublados
Ya se vislumbra como un sol de estío!
¡Y él os dará las flores de sus prados
Y el trono de su augusto poderío!

XVIII

¡Mirad al Porvenir, que él vendrá un día
Con los frutos de amor del Nazareno!
¡Y flotará en las almas la armonía
Como flotan las nubes sobre el cieno!

Ofrenda

I

VENID á mi jardín si queréis flores,
Y en él encontraréis los pensamientos
Que sólo nacen por gozar amores
Y viven por sus mismos sentimientos.

II

Venid á mi jardín, sultana hermosa,
Sin coronas de luz, que en vuestra frente
Haré lucir la estrella luminosa
Al soplo de mi amor puro y ardiente.

III

Yo os brindaré también de mis campañas
Los lirios y las blancas azucenas,
El oro que se esconde en mis montañas
Y la miel que produzcan mis colmenas!

IV

Tienen mis playas oro en sus arenas,
Guarda el fondo del mar rojos corales;
Mi tierra tiene sus entrañas llenas
De diamantes con luces inmortales!

V

Franja de luz colora mi horizonte
Que parece del cielo una guirnalda,
Cuyos reflejos al llegar al monte
Lo visten de topacio y esmeralda!

VI

Tengo también en mis floridos huertos
Orquestas de afinados trovadores,
Que saludan al sol en sus conciertos
Y en secreto nos dicen sus amores;

VII

Mas si os llegan á ver, su dulce canto
Será un himno de amor, porque en su acento
Se mezclará la risa con el llanto
Y el placer surgirá con el lamento.

VIII

Venid á mi jardín si queréis flores,
Y en él encontraréis los pensamientos
Que sólo nacen por gozar amores
Y viven por sus mismos sentimientos.

IX

Y mis auras tranquilas, silenciosas,
Rozarán vuestros bucles dulcemente,
Y dejarán la esencia de las rosas
Y el matiz del jazmín en vuestra frente!

El Día

I

EMPIEZA á amanecer... rojizo velo
Se dibuja en el cielo
Despertando á la aurora majestuosa,
Y el sol que se levanta en el Oriente,
Deja ya indiferente
La noche á sus espaldas tenebrosa.

II

Ya modulan las aves en sus nidos,
Esos dulces gemidos
Que remedan un canto y un lamento;
Y en torno de jazmines y de rosas,
Vuelan las mariposas
Mansamente arrulladas por el viento.

III

Aparecen más bellos los colores
De las lozanas flores
Que tapizan el valle y la pradera;
La escarcha se evapora en las colinas,
Que cruzan golondrinas,
Heraldos de la suave primavera!

IV

El pastor abandona su cabaña
Y sube la montaña
Entonando sus coplas siempre viejas;
Encuentra al fin el pasto codiciado,
Y se sienta, cansado,
Mientras comen hambrientas sus ovejas.

V

Despierta el labrador; toma el arado
Y deja preparado
El ancho surco donde cae el grano,
Que el tiempo ha de tornarle, generoso,
En el fruto sabroso
Que irá más tarde á recoger su mano.

VI

Se levantan los niños presurosos,
        Y recorren gozosos,
Las praderas cubiertas de azucenas;
Y al aire el blanco pecho descubierto,
        Se internan en el huerto
En busca de la miel de las colmenas

VII

Buscan después reposo en la gramilla,
        Sentándose á la orilla
De un arroyuelo manso y cristalino,
Do miran en sus ondas retratadas,
        Moviéndose agitadas,
Las aspas gigantescas de un molino.

VIII

Aquellos que no tienen miedo al frío,
        Zambullen en el río;
Los otros les contemplan envidiosos,
Remangado el calzón á la rodilla,
        Siguiendo por la orilla
En apretado grupo silenciosos.

IX

Y en el monte se internan, atraídos
        Por los sordos gemidos
Que arranca al árbol el cortante acero,
Y al leñador ayudan afanosos,
        Recogiendo los trozos
Y apilándolos luego con esmero....

....
....

X

El sol que ha descendido lentamente,
        Se oculta en Occidente
Coronado de rojos resplandores;
Las aves en sus nidos se replegan,
        Y las sombras que llegan
Van dejando su llanto entre las flores...

XI

Abandona el labriego su tarea,
        Porque suena en la aldea
La campana que anuncia el fin del día;
Y desciende el pastor de la montaña,
        Buscando en su cabaña
El descanso, el abrigo y la alegría.

Ideal

I

PERDON, Musa adorada, perdón si es que te ofenden
De mi arpa las primicias: son cantos de mi amor;
No puedo yo oprimirlos, sus alas ellos tienden
Allá donde tu imagen vislumbra el trovador.

II

Y ven los ojos míos, feliz al recordarte,
La estrella que me guía, y á donde voy no sé;
¡Qué importa que me olvides, ¡nací para cantarte,
Y donde quier que vayas tu sombra seguiré!

III

¿Tú ríes de mis quejas? Pues bien: bebo mi llanto,
Ya ves como tu esclavo también sabe sufrir;
Arrastro mis cadenas, oprimo mi quebranto,
Y como nuevo Cristo también sabré morir.

IV

Si mandas que mi sangre derrame á tu memoria,
Sultana, no lo dudes, mi sangre ha de correr,
¡Que bello es dar la vida por conquistar la gloria,
Y por subir al cielo, á los abismos caer!

V

Ordena cuánto quieras, apóstol decidido,
Hasta la misma muerte sonriendo iré á buscar;
Es fuerte el enemigo, caeré tal vez vencido,
Mas voy hasta sus puertas con fe para triunfar.

VI

Si venzo, ya lo sabes, son tuyos mis laureles,
No lucho por la gloria, desprecio el galardón;
Que el mundo sólo ofrece marchitos oropeles
Á quien arrastra sólo la sórdida ambición.

VII

Mas tú no eres del mundo, lo sé, Musa querida;
El cielo es tu palacio, tu cuna fué una flor;
Tú tienes pensamientos lejanos de otra vida;
¡Hay sombras que en tus ojos lo dicen á mi amor!

VIII

Tú sueñas cuando el aura besándote en la frente
Te deja de las flores la esencia virginal;
Despiertas al murmullo de cristalina fuente;
Tus lágrimas son perlas, tu sangre es el coral.

IX

Tú bebes de la noche las gotas de rocío,
Tu aliento viene en alas de luz primaveral;
Si lloras, hay un astro que rueda en el vacío,
El cual lleva tu llanto, al ceibo y al rosal.

X

En ti el poeta encuentra su fuente inspiradora,
Tú tienes del abismo la incógnita atracción;
Tus bucles son los rayos que el sol pinta en la aurora,
Cascadas de esmeraldas tus verdes ojos son...

XI

No sé si cuando muera, por la ignorada senda
Podré yo acompañarte, ¡oh Musa de mi amor!
Mas cree que si el cielo me otorga alguna ofrenda,
Serás tú la primera que llame el trovador.

XII

Y si por siempre vienes á hacerme compañía,
Si acaso esa es la gloria que sueñas tú también;
¡La tumba será aurora, su sombra claro día,
Y flotará en su cielo nuestro adorado Edén!

La Noche

Al doctor Juan Andrés Ramírez.

I

Comienza á anochecer... quedan los huertos
Cual mortajas de muertos
Durmiendo manso sueño en las tinieblas;
La brisa entre lo oscuro del paisaje,
Deja oir su lenguaje
Que parece un suspiro de las nieblas...

II

Su manto recamado de diamantes
Y fúlgidos brillantes,
La oscura noche á desplegar empieza;
Y la luna, radiante de blancura,
Reverbera en la altura
Reflejando en los campos su tristeza.

III

Se aleja la lechuza de su nido,
Y con sordo graznido
Va sembrando el espanto de tal suerte,
Que aquel que le está oyendo en su cercado,
Se siente traspasado
Por la aguda guadaña de la muerte.

IV

Deja el zorro su oculta madriguera,
Y en el silencio espera
La hora de internarse en las cabañas;
Y en tanto que camina receloso,
Busca el rastro, afanoso,
Para llevar á cabo viejas mañas.

V

Todo duerme en redor plácidamente;
Sólo el canto estridente
Del gallo, turba el nocturnal reposo;
El viento se desliza sin premura,
Y arranca á la espesura
Un suspiro doliente, quejumbroso...

VI

. . . .
. . . .

Pálida luz... la noche se colora...
        Ya en el cielo la aurora
Se transparenta tras purpúreo velo:
Naturaleza rompe en armonías,
        ¡Y gratas melodías
Se elevan de los niños hacia el cielo!

Fantasía

I

ES tan pequeña Elena y tan hermosa,
Que al quedarse dormida entre las flores,
Semeja blanca rosa
Expuesta en un torneo de colores...

II

Todo canta sus himnos á la vida...
Está el valle cubierto de azucenas,
Y Elena distraída
Se acerca á las colmenas:
Alborota el enjambre, y rumorosa
Una abeja alza el vuelo,
Y en su frente se posa
Hendiendo el aguijón, como si fuera
La niña flor viviente,
Que caída del cielo,
A esta tierra mortal llegado hubiera,
¡En vez de ir á una estrella refulgente!

III

En la frente de Elena
Ha brotado un rubí, rojo, encendido,
Y la abeja retorna á su colmena
Lamentando el engaño en que ha vivido,
Pues si antes, como todos sus mayores,
Por la apariencia nada mas juzgara,
¡Hoy ya sabe que el alma de las flores
No está en aquéllas en que ayer libara!...

IV

En tanto que la abeja delirando
De placer, regresaba á su colmena,
¡Sabe Dios de qué ensueño despertando!
La desolada Elena
Se encamina llorosa
Hacia la orilla de cercano río,
Y en la corriente undosa
Cae la gota de sangre, que el impío
Insecto hizo brotar sobre su frente,
Y á los breves instantes
Se coloran las ondas cristalinas
Que bañan suavemente
Las faldas de las fértiles colinas
Y praderas distantes...

V

....

....

Ha pasado algún tiempo, llega un día,
En que Elena como antes discurría
Por el mismo paraje, donde otrora,
        Una abeja traidora
Le asaltó con frenética osadía;
        Cuando al fijar los ojos,
Vió que orlaban las márgenes de un río,
¡Mil florecillas de matices rojos
Que lucían su llanto por rocío!

Libertad

I

¡Oh reyes que en la tierra fundáis el poderío
Con el sudor y el oro de toda una nación!
Los que quitáis al hombre con leyes su albedrío,
¿No veis que el astro rojo que gira en el vacío
Alumbra cual las vuestras, del triste la mansión?

II

Monarcas que en el solio sentáis á la Mentira,
Jamás de vuestras manos recibiré el laurel,
Laurel que fuera afrenta lucir sobre mi lira,
Cuyo cordaje vibra, si el bien es quien la inspira,
Y vale más que todos los cetros de oropel.

III

¡Y el pueblo los acata!... el pueblo que potente
Podría con su soplo sus tronos derribar,
Aun marcha con corona de espinas en la frente,
¡Como águila que mira las cumbres; ¡impotente!
Tras hierros que le impiden su vuelo levantar!

IV

Mas siempre hay germen vivo que arde en sus entrañas;
¡El águila no olvida su amada libertad!
Los bosques, las llanuras, las fértiles campañas,
Su alcázar, el espacio; su cuna, las montañas,
Desfilan á sus ojos cual sueños de otra edad!

V

¿Y el hombre ha de ser menos que el águila encerrada?
¡También gozó en la infancia del mundo, libertad!
Al cielo se alzó un día su límpida mirada,
Y transcurrió su vida, tranquila, descuidada,
Sobre la tierra virgen; ¡la tierra, su heredad!

VI

El fruto sazonado, su vida alimentaba,
Las fuentes cristalinas le dieron su raudal;
¡Entonces era suyo cuanto su planta hollaba!
Y dueño de la tierra, de libertad gozaba:
¡No olvide! ¡no! los sueños del águila caudal!

Incógnita.... R

I

PORQUE aún es cual capullo el ángel que yo adoro
Preciso es que le oculte mis duelos y mi amor;
¡Es niña y aún son puros sus sueños como el oro!
¡Á qué anublar su frente con manchas de rubor!

II

¡Oh tú, secreto caro, que mi memoria llenas,
No te alces de tu lecho! aun tienes que dormir!
Hasta que ya apiadado el cielo, de mis penas,
Mi nombre con el suyo consienta en bendecir.

III

Tú ignoras que te adoro... pues todo pasa en calma;
Todo en silencio queda, entre nosotros dos;
Los tristes pensamientos que cruzan por mi alma,
¡No asoman á mis ojos... pero los sabe Dios!

IV

Mi amor es infinito, ¡tan grande como eterno!
Y acaso tú mañana, lo puedas comprender:
¡Que él sólo ha combatido las nieves de mi invierno,
Y me prestó sus alas cuando me vió caer!

V

Permite que mis ojos te miren con ternura;
Permite con tu labio al mío delirar,
En tanto que ese día de paz y de ventura,
Triunfando de las sombras, al fin llegue á brillar.

VI

Entonces sí que el alma, ya libre alzará el vuelo,
Y en la región más pura te encontrará mi amor,
Y allí donde no hay nubes, bajo el dosel del cielo,
Adoraremos juntos la imagen del Señor.

VII

Mas ¡ay! que para entonces, aun faltan muchos días,
Puede que el llanto venga mis dichas á eclipsar,
Pueden caer marchitas mis locas alegrías,
Siguiendo á mis delirios, la duda y el pesar.

VIII

Mas dime si lo sabes, la suerte que me espera;
Alumbra al peregrino, la senda por do va:
¡Yo quiero que me anuncies si existe una barrera,
Y si hay algún abismo, me digas dónde está!

IX

No dudes de mi esfuerzo, por nada yo vacilo,
Sólo al engaño temo, sólo él me hará caer;
Que abismos y barrreras con paso bien tranquilo,
En mi camino todos, los lograré vencer!

X

Y cuando ya triunfante retorne cual guerrero
Que del combate trae laureles que lucir;
Mi sién ceñida en flores, mi corazón sincero,
Querrán contigo sólo, su gloria compartir.

XI

Y es noble que tú aceptes los lauros del soldado,
Corona tú con ellos tu frente de mujer,
Y olvida que mi escudo con sangre se ha bañado,
¡Y olvida que en la lucha bien pude perecer!

XII

Yo sólo he de contarte, de mis pasados días,
De aquéllos que sin sombras se puedan bosquejar;
Aquéllos que inspiraron mis pobres poesías,
¡Serenos como el cielo y azules como el mar!

XIII

Mis noches de tristeza, de insomnio, de amargura,
Aquéllas en que el llanto nublaba mi razón,
Aquéllas sin un sueño de dicha ni ventura,
Jamás ha de saberlas tu tierno corazón....

XIV

No quiero verte triste, no quiero que tu llanto,
Venga en tus ojos garzos, mi historia á recordar,
Dejemos al pasado, y el porvenir en tanto
Arrulle nuestros sueños: ¡podemos, sí, soñar!

Primavera

I

¡FELIZ Primavera,
Oh reina del tiempo, duquesa de amores!
Por tí la pradera
Se cubre de arbustos, y abriendo las flores
Sus tiernos capullos,
Al aura le prestan sus suaves aromas;
Por tí las palomas
Su amor se confiesan en dulces arrullos.

II

Renace en el viento
El grato murmullo del árbol frondoso,
Llevando en su acento
Las voces del bosque que gime armonioso.
Más suaves las brisas,
Nos traen aromas de ricos jardines;
¡Violetas, jazmines,
Tus duelos son ellas, son éstos tus risas!

III

Ya está la colmena
De miel rebosando, y nace en el prado
La blanca azucena;
El árbol de flores está coronado,
En todo alegría,
Templado el ambiente, los campos floridos,
Vibrantes los nidos
Que llenan el aire de grata armonía.

. . . .
. . . .

¡Feliz Primavera!
Que á un tiempo te anuncian con músicas suaves,
La verde pradera,
Las voces del viento... del bosque... las aves...

Invierno

Al doctor Pedro Figari.

I

NATURA está inerme...
Las auras levantan sus tristes gemidos,
Y el bosque se aduerme
Sin aves, sin cantos, sin hojas, sin nidos...
El viento zumbando
No trae en sus alas aromas de rosas,
¡Ni pasan volando
Crisálidas blancas como antes hermosas!

II

La alfombra de nieve
Que cubre las calles y seca las flores,
Tornar hace breve
La voz que levantan doquier los rumores.
Las frías mañanas
No alumbran las galas de mustias praderas,
Y ya las obreras
Trabajan cerrando las viejas ventanas.

III

Se siente á los ríos
Que están desbordados, correr en los valles
Mugiendo bravíos;
Son pocos los niños que cruzan las calles;
Pues muchos han ido
Al lado del fuego que tiene el abuelo,
Y están en el suelo
Oyendo los hechos de un viejo bandido...

IV

Las aves huyeron... murió la armonía
Envuelta en el manto de pálido invierno;
Ya todo son duelos, ya todo tristeza,
¡Qué lentas transcurren las horas del día!
¡El tiempo es eterno!
¡La vida nos pesa!

Luz y sombras

I

AUN recuerdo aquel día,
Aun guarda mi memoria
El sueño que forjó mi fantasía;
Era el amor primero,
Era la luz, la vida, la alegría,
La blanca flor que tuvo en sus aromas
El secreto del cielo
Cantado por sus místicas palomas!
Y era feliz porque sentía el alma
Bañada por el sol del paraíso;
Porque mi vida entera
Se adormecía al beso de las brisas
De una suave y templada primavera.

II

Y yo la idolatraba, Dios lo sabe,
Que al elevar hasta Él, mis oraciones,
En todas imploraba

Para ella nada más sus bendiciones,
Y era tanta mi fe, mis ruegos tantos,
Tan grande mi pasión y mi embeleso,
Que al quedarme dormido
Soñaba con que un ángel me traía
Enviado por su amor, un casto beso,
Y que al sentirlo, el corazón amante
Lloraba enternecido...

III

Hoy todo concluyó...
Siento en redor las lúgubres campanas
Llorar con sus tristísimos gemidos,
Volverse muy nubladas las mañanas
Y abandonar las tórtolas sus nidos,
Quedarse el bosque sin rumor, desierto,
Y abatido el follaje
Por la nostalgia de su amor que ha muerto;
Los arbustos sin flores
Y la escarcha cubriendo las praderas,
En todo mustia calma,
Se apagan en la sombra los fulgores.
El sol está enlutado, queda solo
El invierno del alma.

¡Amor!

I

ES la mano de Dios en nuestra frente
Que hasta su altar nos acompaña y guía:
Osculo de bondad, símbolo ardiente
Que sólo comprendió la poesía!

II

Sol que nos brinda espléndido tesoro
Trocando en perlas el impuro cieno;
Es la esperanza con ensueños de oro
Vertiendo flores de su amante seno

III

La comunión del alma enamorada,
El cáliz rebosando de ternura;
Primera luz que anuncia en la alborada
Gratos días de sol y de ventura

V

Espejo donde quedan retratadas
La imagen y el color de las estrellas,
Que al mirarse en su fondo reflejadas
Aun parecen más rojas y más bellas.

VI

Amor ¡sublime ideal! canto del cielo
Que puebla el mundo de armonía ignota;
Ave que os deja cuando eleva el vuelo
Herido el corazón y el alma rota!

A Dios

I

¡OH Dios, sumo creador Omnipotente!
Astro de luz que la ilusión no alcanza,
Deja á mi amor que en su delirio intente
Con el sueño vivir una esperanza.

II

Deja que mi oración levante el vuelo
Y llegue hasta tu altar serena y pura,
Mi plegaria suspira por el cielo:
¡Es fuerza que se eleve hasta la altura!

III

Todo llega hasta Tí, Dios soberano,
Las flores que tapizan la pradera
Te envían su elixir fresco y lozano
En alas de la brisa pasajera.

IV

Si en el amor hay cantos de alegría,
La virtud tiene galardón de gloria,
Porque á todo, Señor, tu dedo guía,
Porque todo es presente en tu memoria!

V

Por Tí trinan las aves en los montes
Y murmuran las fuentes y las palmas,
Por Tí encienden su luz los horizontes
Y se eterniza el fuego de las almas.

VI

¡Mundos, soles, estrellas y planetas,
Sombras, color y luz, nubes y viento,
Aereolitos fugaces y cometas
Siguen siempre, Señor, tu pensamiento!

Volverás!

I

NO sé que fuerza á mi razón levanta,
Ni la luz misteriosa que me guía;
¡Yo sólo sé que el ave cuando canta
Es porque ha visto el resplandor del día!

II

Al fondo de mi osado pensamiento
No llega tu desdén ¡ni su vislumbre!
¡Águila herida en la región del viento
Aun sueña en el abismo con la cumbre!

III

En vano te será que tus rigores
En contra de mi amor emplear quisieras:
¡Al beso de la luz se abren las flores,
Y con flores y luz las primaveras!...

IV

No desisto mi bien del dulce anhelo
De llegar hasta tí ¡y aún, ser querido!
Pueden las nubes ocultar el cielo
Mas no yace por ello el sol vencido!

V

No es cariño de ayer, y en vano fuera
Romper de su alto influjo el poderío:
¡El ave que ha nacido prisionera,
Si le dan libertad, muere de hastío!

VI

La luz es la verdad, que cual la aurora
Deslumbra con eternos resplandores;
Deja paso en tu mente soñadora
Á los besos del sol y de las flores.

VII

¡Tú volverás á mí! al peregrino,
Al mártir que sonrió de los dolores;
La ley inexorable del destino
Se quiebra ante el poder de mis amores!

VIII

Mas si sintieras vacilar el paso,
Desciende sin temor por la pendiente;
¡El sol, cuando agoniza en el Ocaso,
Una aurora levanta en otro Oriente!

IX

¡Ven y desciende ya ¡toma mis cantos!
Ellos tus hijos son, por tí nacieron,
El dolor desafiaron de mis llantos,
Y con su fe, mis lágrimas bebieron!

X

No te falte el valor, soy generoso,
Me muestro á tu pasado indiferente;
Yo no tengo el orgullo del coloso,
Yo sé ser grande, y doblegar la frente!

XI

Porque aún te adoro con amante brío
Aunque tu orgullo mi pasión empaña:
«¡Puede el cráter estar callado y frío,
Y fermentar el fuego en la montaña!»

XII

Apúrate en volver antes que sienta
De mi vida perder las breves galas;
La pasión de un deseo se alimenta,
Y ese deseo necesita de alas!

XIII

Yo quiero unir tu corazón al mío,
Y entonces tú verás, con llama intensa,
Cual otro sol alumbrará el vacío,
La hoguera que en mi alma se condensa.

XIV

Apúrate en volver, y si este suelo
El desengaño te mostrase un día,
Sería cual la alondra, y en mi vuelo
Á otra región de luz te llevaría!

XV

Ven! porque unidos en abrazo fuerte
Arrancaremos del placer las palmas:
¡Si el cuerpo cae al golpe de la muerte,
Aun quedan para amarse nuestras almas!

¡Zoófito!

I

PUEDES vivir con tu soberbia ufano
Tú, que no has visto el esplendor del cielo,
Tú, que te arrastras como el vil gusano
Sin comprender la majestad del vuelo.

II

No han de turbar la placidez de mi alma,
Tus vacíos y pobres desaciertos:
¡Qué le importa la sombra de la palma
Al piélago de luz de los desiertos!

III

Vienes á mí cual Júpiter tonante,
Pero tu gesto mi desdén provoca;
¡Sólo la piedra que nació diamante
Deja su huella en el cristal de roca!

IV

La bajeza de tu alma no me asombra
Ni me causa estupor tu villanía;
Al topo ¡que ha nacido entre la sombra!
Le ofende siempre el luminar del día.

V

Yo sé qué Furia tu cerebro escarba
Y te abisma en tinieblas pavorosas:
¡Te devora la envidia de la larva
Que ha escuchado volar las mariposas!

VI

No creas que jamás tu insulto pudo
Merecer más respuesta, ¡que desprecios!
¡Sobre la malla de mi fuerte escudo
Se quiebran los aceros de los necios!

VII

No has de estorbarme el paso aunque lo quieras,
Armado de tu cólera impotente;
¡Se derrumban y ceden las barreras
Al empuje impetuoso del torrente!

VIII

El tósigo que escondes en tu pecho
Jamás podrá contaminar mis galas,
Aunque te hunda en la sima del despecho
El solo abaniqueo de mis alas!

IX

Quieres causarme desazón y encono,
Mas nunca al cóndor ofendió el polluelo;
¡Para llegar adonde está mi trono,
Es necesario remontar el vuelo!

X

Nací para luchar: ¡ése es mi lema!
Con mi orgullo, tus odios desafío,
Y con el sol de mi triunfal diadema
Devolveré tu vanidad al vacío!

XI

No has de verme flaquear; ¡voy á la cumbre
Y de mi paso besarás las huellas:
¡Cuando el sol baña el mundo con su lumbre,
Se apagan en el cielo las estrellas!

XII

No temo tu rencor, ¡yo soy más fuerte!
Y no llega hasta mí tu insulto necio;
Has venido á luchar, y he de vencerte
Con toda la altivez de mi desprecio.

XIII

¡Huyo de tí! y la menguada lidia
Con que piensas honrarte, ¡la rechazo!
¡Quieres cerrarme el paso con tu envidia,
Y por doblarla, me abriré ese paso!

XIV

¡Huyo de tí! me aterra tu vileza;
Quedas dueño del campo, ¡le abandono!
Porque es ley natural en la nobleza,
Responderle al villano: ¡Te perdono!

Delirio

I

YO vengo de otros mundos, yo soy un misionero;
Tengo de las montañas la poderosa voz,
Todo á mis pies se humilla con ánimo rastrero,
Será el noble mi esclavo, el rey mi pordiosero,
Tendrán que coronarme: ¡yo soy hijo de Dios!

II

Deliro con el triunfo, adoro la grandeza,
Mi espíritu me eleva á incógnita región;
De allí todo parece ridícula pobreza,
Y hasta la misma vida que da naturaleza
Mis ojos la contemplan cual vil vegetación.

III

Si hay almas que hasta el crimen albergan en su seno,
Haré yo que esas almas á Dios puedan llegar;
Yo soy el sol que vierte sus rayos sobre el cieno,
Y torna al cielo puros, ya libres de veneno,
Los miasmas que á la tierra podían infectar.

IV

Yo soy un elegido, mi voz es la que encierra
Lo grande, lo sublime que aspira la ambición;
Yo vengo á combatirles los genios de la guerra,
Yo vengo á iluminarles, y aquí sobre la tierra
Encenderé en mi trono la luz de la razón.

V

¿Quién es el que se opone á combatir mi intento?
¿Quién es el que me niega mi genio y mi saber?
¿El pueblo?—¡No! ¡mentira! él ve mi pensamiento
Que escrito está en las páginas del invisible viento,
Y quien al viento mire, ¡mis frases ha de leer!

VI

Los reyes, ellos solos se burlan de mi ciencia,
Me llaman insensato, me llaman soñador,
Y en vez de fulminarlos, perdono su inconsciencia,
Porque en la tierra siempre se apellidó demencia,
Al genio luminoso, al genio creador!

VII

Reid, ¡monarcas necios! que ha de llegar el día
En que los tronos hechos pavesas he de ver,
Y entonce el mundo entero será la patria mía,
Y en él todas las razas tendrán sólo por guía
La antorcha que derrame la luz de mi saber!

Nocturnos

Á Ellas.

A vosotras os canto,
Las que lleváis mezclados con el llanto
Un idilio de amor y poesía;
Blancas huríes que en sereno vuelo
Se conquistan el cielo
Que soñaba mi ardiente fantasía;

Por vosotras mi lira,
Vibrar siente sus cuerdas y se inspira
Y errante trovador busca mi acento
Un himno de expansión á mis amores,
Que tenga muchas flores
Donde brille la luz de un pensamiento!...

I

SI al leer estas páginas sintieras,
Como oculta sonrisa
Llega á tus labios, sin que tú sospeches
Que es tu misma alegría;
O si acaso una lágrima de fuego
Rodara en tu mejilla,
Recuerda tu pasado;
Tal vez de aquellos venturosos días,
Como lejana historia
Se levante una imagen que dormía...
La imagen del amor, y nuestra infancia
Con sus dulces sonrisas
Despertarán de nuevo en tu memoria;
Y al mirar los recuerdos que desfilan
Tan queridos aún para nosotros,
Brillará en la pupila
Como el último adiós á esos fantasmas,
La lágrima del alma desprendida.

II

SI en mi camino te encontrara triste
Y á mi llegaras implorando amor,
Yo al verte exclamaría: sufre y calla,
Como he sufrido yo!

Mas si te viera alegre y las sonrisas
Á tus labios llegaran á asomar;
Si al pasar sorprendiera tu mirada
Indiferente ya;

Yo entonces de rodillas te dijera:
Mujer, ten más piedad;
Si me dejas seguir, ya en esta vida,
No has de hallarme jamás.

Pero si acaso nuestras almas gozan
Vida en la eternidad,
Por no habernos amado ¡cuántas veces
Tendremos que llorar!

III

MUY pronto partiré; guarda escondida
Mi última confesión, mi primer beso;
La ausencia será larga; mas si quieres
Que nuestros pensamientos
Puedan hallarse alguna vez, levanta
Tu mirada hacia el cielo
Cuando muera la tarde;
Y Venus brillará; y en el silencio
De la callada noche, nuestras almas
Levantarán el vuelo
Á la apartada cita misteriosa,
Y hablarán sus secretos!

IV

ES la voz de Chopín... su triste acento
Como un vago gemido se levanta,
Agoniza el amor sobre el teclado
Y los ojos de lágrimas se bañan;

Cuántos recuerdos del pasado llegan,
Cuántas dichas de amor, cuánta esperanza,
En torno de nosotros se presentan
Como viejas visiones enlutadas!

Todo vuelve á nacer; ¡hasta los hechos
Que se remontan á la tierna infancia,
Para hacernos sufrir, junto á nosotros
Llegan batiendo sus marchitas alas!

Los amores pequeños se engrandecen,
El secreto que duerme se dilata;
La vida que hasta ayer era un misterio,
Se comprende en lo íntimo del alma!...

. . . .

. . . .

Sólo queda un rumor... confuso... vago...
Ya la voz de Chopín débil descansa,
Despertamos de un sueño y ¡cuántas cosas
En vano procuramos recordarlas!

El éxtasis de amor, aquella vida
Llena de luz, tan pura, tan lozana,
Como la esencia de una flor que ha muerto,
Se aleja acariciada por las auras............

Agoniza el amor... duermen las aves
Ateridas de frío entre la escarcha;
Alguien llora á lo lejos en las sombras:
¡Es el débil suspiro de las almas!

V

LIBRES aún los dos, tal vez pensando
Cuándo terminará nuestro dolor,
Por la senda seguimos del orgullo,
Callando nuestro amor.

Yo sé que muchas veces tú me miras
Como implorando á mi bondad perdón,
Y el ruego de tus ojos, no conmueve
Mi enfermo corazón;

Y otras veces soy yo quien á tu lado
El perdón de tus labios va á buscar,
Y al parecer sonriendo, indiferente,
Tú me miras pasar.

Mas el día feliz que ardiente espero,
Y ése que sueñas tú, llegar podrá;
Nuestro destino en nuestros labios se halla,
¿Pero quién hablará?

VI

YO creía en su amor y locamente
Mi corazón la dí,
Pero al irlo á buscar, ella me dijo:
«Ha tiempo lo perdí.»

Y es inútil que busque, pues no hallo
Venganza á su traición;
¡Que también para odiar, se necesita
Tener un corazón!

VII

DE un grupo de «touristas» me llamaron,
Y cuando me acerqué,
Una amiga me dijo: «Entre nosotras
Hallarás á René;»

Y entre todas las máscaras del carro
Muy pronto te encontré,
¿Y extrañaste de cómo yo entre tantas
Te pude conocer?

Mientras no puedas ocultar los ojos,
Ellos te han de vender;
Que es tu mirada sola, la que lleva
El nombre de René.

Y ya frente de ti, como un amigo,
Sin recuerdos de ayer,
Un ramo te ofrecí, y tú de nuevo
Mostraste tu desdén;

No quisiste aceptarlo: ¡ya comprendo!...
Tú creías, tal vez,
Que tomando aquel ramo, doblegabas
Tu orgullo de mujer;

Y olvidabas que todo mi amor propio,
Mi orgullo, mi altivez,
Al acercarme á ti, dentro del alma
Tenía que vencer;

Y olvidabas que era el ofendido
Quien á buscarte fué;
Que llevaba el perdón, aunque mis labios
Amargaban la hiel;

Y quién sabe si acaso interiormente
Te reías también...
¡Mas calla, si te burlas de mis penas,
No lo quiero saber!...

Pero ahora, otra vez, siento de nuevo
Que te vuelvo á querer;
Si es orgullo ó cariño, no preguntes:
¡Me arrastra tu desdén!

VIII

ES muy joven aún; calla, alma mía,
No digas que la amas;
Esconde tu secreto, ríe y sueña
Con tu sola esperanza!
No es hora aún de que tu voz levantes,
Lira de mis entrañas;
Deja dormir tus cuerdas, y aunque sufras,
Espera resignada;
Tal vez muy pronto puedas
Vibrar ante las puertas de mi amada;
Y entonces sí, le harás saber que sólo
¡Es por ella que cantas!

IX

TU amor es para mí todo un misterio
No puedo comprenderte;
Inútil es que trates de explicarlo:
No logras convencerme.

Porque si es cierto que el amor primero
Está en tu alma latente,
Y su fuego no ha muerto, ¿cómo anhelas
Que otro amor se sustente?

Y respondióme entonce: «acaso puedas
Tú, pronto convencerte;
Cuando la veas, y conmigo digas:
¡¡Cómo se le parece!!»

X

TIEMBLA mi pluma y muere el pensamiento...
La luz que me inspiraba tu pupila
No brilla en mi cerebro.
Y la idea escondida entre las sombras
Duerme plácido sueño!...

Sólo sé que te amo. No me pidas
La confesión porque te adoro tanto,
Que no sabré decirlo...
Soy como un niño que á su madre besa
Y no sabe el por qué de su cariño.

Sé la madre del niño... no investigues
La causa de ese amor que es sobrehumano;
No busques el misterio,
Ni trates de encontrar en la palabra
El enigma de lágrimas y besos!

XI

LAS estrellas del cielo, aquellas blancas,
Puras como el querer,
Si saben que no me amas, yo lo juro,
¡No te han de responder!

Pero si acaso existe una esperanza,
Una sola no más,
Las estrellas del cielo, con mis penas,
Mi amor te contarán.

XII

YO sé que muchas veces preguntaste
Si es verdad que te amaba;
Yo también, como tú, siempre interrogo
Si es cierto que me amas.
Y así á veces los dos alimentamos
Alegres esperanzas,
Y otras veces sentimos que los ojos
Se nos llenan de lágrimas;
Tal vez al encontrarnos, en silencio
Se comprendan las almas,
Y por eso sentimos que en los labios
Expiran las palabras.

XIII

TIENE la rubia á quien yo adoro tanto,
Muy triste la mirada;
Yo sé por qué en sus ojos cruzan sombras:
Porque leen en mi alma!

Al encontrarme, en su aflicción me dice:
«Las ausencias son largas;»
Y al despedirme, me repite ansiosa:
« Ven temprano mañana. »

Y al hallarnos de nuevo, cuando el cielo
Blanquea con el alba,
Nos contamos los sueños que nos brindan
Recuerdos de la infancia;

Y esa infancia fué nuestra, y ella ha sido
La inocencia del alma:
¡Cuántos besos buscaron nuestros labios
Para plegar sus alas!

XIV

CUANDO cerca los dos nos contemplamos
Como queriendo penetrar el alma;
Cuando surge del fondo un pensamiento
Envuelto con la luz de la mirada;

Exclamo yo: dichoso si algún día
Pudiera mi pasión adivinarla!
Mas luego arrepentido, digo á solas:
¡Mejor es que no llegue á sospecharla!

XV

SOÑE que mi pasión la conocía,
Y al despertar, sentí que muchas lágrimas
Rodaban de mis ojos;
¿Por qué? ¡Me lo preguntas! Si abrigara
De su cariño sólo
La más leve esperanza:
¡Entonces sí, querría que supiese
El secreto de mi alma!

XVI

LO he llegado á saber por tus amigas;
Me han dicho que reías de mis cartas,
Y también me han contado
Que al leerlas el sueño conciliabas;
¡Y me han hecho feliz, cuando creían
Que mi alma destrozaban!
¡Oh, si fuera verdad lo que me han dicho
¡Aún sueñas con mis cartas!

XVII

SIEMPRE lo ignorará; que en el silencio
De la noche callada,
Bien oculto en las sombras, desde lejos
La veo en su ventana.

¿Y la causa preguntas? — Vamos, niña,
Si el secreto me guardas,
Yo á contártelo voy; mas antes jura
Mi confesión callarla.

Y ya que tanto te interesa, sabe
El temor que me asalta:
¡Tengo miedo que al verme, ella me deje
Solo con su ventana!

XVIII

HAY flores que cierran su fresca corola
Al ver cuando el día muriéndose está;
Yo soy de esas flores, tú el sol de esa vida;
Si acaso no vuelves, la flor morirá.

XIX

QUE sus ojos más bien son apagados
Me has dicho, y falso es ello:
Si vieras con los míos, tú dirías:
¡Su mirada es un beso!

XX

SOMBRA querida que mi mente llena;
¡Imagen de mi amor!
Seguid alimentando mi esperanza,
¡Engañad mi dolor!

Sueños que al desprenderse de mi mente
Hacia otras almas van,
Que saben sonreir con lo imposible
De mi insensato afán;

¡Seguidme, vanas sombras, donde vaya!
Aunque así me engañéis:
Esperanzas, quimeras, espejismos,
¡De mí no os apartéis!

XXI

CONOCE tu pasión, y siempre al verte
Se muestra contrariada;
El amor no te ciegue, ten orgullo,
No vuelvas á mirarla.

Así me dijo, y comprendiendo acaso
Que el valor me faltaba,
Se despidió diciendo: ¡no te importe;
Si apenas tiene alma!...

Y solo me quedé, y al breve rato
Ella ante mí pasaba;
Mas no sé por qué entonces, como nunca
Me puse á contemplarla.

XXII

CUANDO en tus labios la sonrisa juegue,
Y la sofoque yo;
Cuando nuestras miradas se confundan
En un beso de amor;

Te diré que en mis ojos hay más vida
Y que más bellos que los tuyos son,
Pues flota en ellos, entre densas sombras,
Luciente y rojo sol!

¿Ríes, al creer que lo que quiero es sólo
Herir tu presunción?
¡No ves que en mi pupila está tu imagen,
Como en su trono Dios!

XXIII

AL mirar tu retrato recordaba
Nuestro pasado amor,
Y me puse á llorar, mientras decía:
Reirá de mi dolor.

Y sentí que mi orgullo murmuraba:
Ya jamás te amaré,
Y tomando el retrato entre mis manos,
Al fuego lo arrojé.

Pero al verlo al instante devorado,
¡Cuánto, cuánto sufrí!
Y no quise perderte, y las cenizas
Al punto recogí!

XXIV

SI es cierto que los sueños son presagios
Que le anuncian al hombre el porvenir,
Yo podría exclamar lleno de gozo:
¡Aún deseo vivir!

Mas si son espejismos de la mente
Y una quimera sólo es el soñar;
Que la noche sea larga, y aún eterna:
¡No quiero despertar!

XXV

EL templo está desierto; sólo se oye
De la calle el monótono rumor;
Yo solo velo allí, soy una sombra,
Nadie sabe el por qué de mi dolor.

De hinojos ante el ara de la Virgen,
Cuando todos se van de su mansión;
A la madre de Cristo, en el silencio,
Paz le pide mi enfermo corazón.

Todo era calma, y en la inmensa nave
Sólo abría sus alas la oración;
Cuando llegó á mi oído suspirando
Una voz que imploraba mi perdón;

Dime vuelta, la ví, y olvidé todo,
Y mi labio convulso murmuró:
¿Tú pides mi piedad? ¡Si ya la Virgen,
Al llamarte hasta aquí, te perdonó!

XXVI

YA estamos en el lago. ¿Te da envidia
Como los cisnes nadan?
También nosotros dos surcar podemos
Esas ondas de plata.
Á la góndola vamos! ¿cuál prefieres:
Aquélla toda blanca,
Ó te gusta la negra que parece
Una fúnebre garza?
Corramos á la orilla, que el barquero
Se dispone á dejarla;
No hay tiempo que perder, pronto subamos
A la góndola blanca.
El lago está muy triste y en sus ondas
Se ven mecer las auras,
Agoniza la tarde, y por instantes
El crepúsculo avanza...
Ya cayeron las sombras, y la tierra
Ha quedado enlutada!

Al través de la noche, y vaporosa,
Como errante fantasma,
Envuelta en el misterio va la góndola
Y las tinieblas rasga.
Se escuchan los arrullos de los remos
Que acarician el agua,
Y con leve rumor, abren los besos
En la sombra sus alas.
De pronto el horizonte se ilumina
Con reflejos de plata,
Y la luna aparece soñolienta
Con su faz demacrada
Sorprendiendo el misterio de las sombras;
Y la góndola blanca
Tuvo miedo á la luz, y hacia la orilla
Navegó avergonzada.

XXVII

NO lo repitas más. Deja tranquila
Con sus sueños al alma;
Si ella no puede amarme, que me odie,
¡Mas no me digas que su amor es farsa!

Comprendo tu razón, que es imposible
El amor en la infancia,
Que él no vive tan sólo de sonrisas,
¡Que bebe también lágrimas!

Y porque siempre alegre en tu camino
La encuentras, ¿le crees? —¡Calla!
Si vieras con mis ojos, ¡cuántas veces
Triste, tú, la encontraras!

XXVIII

ES necesario que por él me olvides;
Tú lo sabes, mi amor, cómo ha de ser!
Él puede darte posición, riquezas,
Y yo ¿qué te daré?

Á su lado la vida será fácil
Y fácil el olvido podrá ser,
Y cuando todos tus recuerdos mueran,
Dudarás si te amé?

No vaciles, decídete, que al cabo
También te adora él;
Olvida los dolores que nos unen,
¡Olvida nuestro ayer!...

. . . .

Me miró como miran las gacelas
Cuando morir se ven,
Y respondió su acento dolorido:
¡Tú no sabes querer!

Y aquella frase me llegó hasta el alma
Punzadora y crüel;
Se anublaron mis ojos, y un abismo
Ví entreabrirse á mis pies.

Mas dominando mi emoción, la dije:
¡Que no te sé querer!...
Eso afirman tus labios, mas mi llanto
Los desmienten, ¡lo ves!

Porque conozco mi destino triste,
Porque te quiero bien,
Renuncio á que compartas mis desdichas:
¡Tú, feliz debes ser!

Mas si la sombra de una duda puede
Tu vida entristecer;
Si piensas que mi amor no es como el tuyo:
¡Decide tú, mi bien!

XXIX

¿QUE es imposible amarnos? ¡Quién comprende
Los secretos del alma!
¿No sabes tú que la pasión existe,
Aunque duerme en la infancia?

El misterio consiste únicamente
En saber despertarla;
Yo el enigma encontré, no sé explicarlo:
Se esconde en la mirada!

XXX

SI aquella ingrata por quien yo no vivo
Te volviera á encontrar,
Y te hablara de mí, como habla siempre
Su orgullo nada más;

Dile que no me has visto, y que no sabes
En dónde me hallarás;
Y si quieres, mejor dile que he muerto;
¡Así no mentirás!

XXXI

OYE niña mimada, de azules ojos
Y de alba frente;
Yo quiero de tus bucles un rizo negro,
Y no hagas que mi pecho por él suspire,
Si es que me quieres.

Dame con tus sonrisas las alegrías
Que tu alma siente;
Y si hay alguna pena que te acongoje,
Las gotas de tu llanto serán las perlas
De mis claveles!

Niña de azules ojos, de rizos negros
Y de alba frente;
Yo quiero en tu mirada leer el poema
Que Dios para mí solo trazó con besos
¡Dí que me quieres!

XXXII

DE todos mis amigos, sólo uno
Poeta puede ser ante su Dios;
Lleva los mismos pensamientos míos,
Y llora como yo!

¿Tú no sabes quién es? ¿no lo sospechas?
Búscale entre el dolor,
Pero acaso su máscara te engañe:
¡Él ríe como yo!

XXXIII

JAZMINES blancos y margaritas
Ornan los muros de tu balcón,
Y cuando nace la roja aurora,
Sobre las perlas que hay en tus flores,
Se mira el sol!

Cuando los bardos tristes y errantes
Los himnos buscan que hablan de amor,
Junto á tus huertos templan sus liras,
Y de sus cuerdas, nacen mil notas
De inspiración!

Todas las aves en sus canciones
Imitar quieren tu dulce voz;
Las golondrinas de tus jardines,
Por admirarte, hasta se olvidan
De otra estación!

Cuando á la noche vas por los campos
Con las luciérnagas en derredor,
Tú eres entre ellas la blanca luna,
El campo, el cielo y las luciérnagas
Estrellas son!

Jazmines blancos y margaritas
Visten las tapias de tu balcón,
Y cuando nace la roja aurora,
Sobre las perlas que hay en tus flores,
Se mira el sol!

XXXIV

RUGIÓ la tempestad, se incendió el rayo,
Y torrentes de lava
Arroja el cráter inflamado, hirviente:
El trueno como voz de las montañas
Recorre los espacios:
Se abre la tierra y con potencia extraña
Horrenda vibración todo conmueve
Y de su fondo el exterminio mana,
Y todo lo que el hombre ha levantado;
¡Hasta su misma raza!
Todo, un sepulcro encontrarán inmenso;
Pero su amor, ¡oh Dios! que está en mi alma,
No ha de morir así! Fuerza más grande
Le anima y da poder, y con sus alas,
Á faltarle la tierra, hasta tu trono,
¡Para seguir viviendo, se elevara!

XXXV

Para Carlos Roxlo.

LA noche era muy triste... sollozaba
El viento entre las sombras,
Y funeral acorde en tu ventana,
Al golpear los cristales
Producía la lluvia con la encarcha.
Era un día de fiesta;
Cumplías quince años, y arrullaba
La ilusión tus ensueños.
Con sus alas de armiño desplegadas!
Muy vaga la armonía de una orquesta,
A mi oído llevaba
Esas notas que fueron
El llanto ó la sonrisa, con que el alma
De un ignorado artista,
Deja esa voz que eternamente canta
Ó gime eternamente.
Un postigo entreabierto me dejaba
De lejos contemplarte;

Y aunque el rostro azotábame la escarcha,
¡Apenas la sentía!
Yo no sé si la noche con el alba
Se miran en las sombras,
Ni sé si el sol con las tinieblas habla;
Mas sé que sus secretos
Se cuentan amorosas nuestras almas...
¡Por eso tú me has visto!
Y has oído también que en tu ventana,
No solamente el viento
De la noche, sus quejas suspiraba;
Y te acercaste al piano...
Tendió la nota sus sutiles alas,
Llegó hasta mí y me dijo,
Con voz que era un suspiro que me amabas!...

XXXVI

I

ME desprecias, ¡lo sé! nada me importa,
No quebrantes mi fe con tu falsía;
Si querer es vencer, ya no lo dudes,
¡La corona del triunfo será mía!

II

Y ésa es la gloria que la cumbre excelsa
Me hará escalar, con voluntad de hierro;
No importa, ¡no! que esa montaña guarde
Dichosa libertad ó vil encierro!

III

A ella voy pues, con ánimo sereno,
Tumba ó laurel, los miro indiferente;
¡Voy á buscar el triunfo, y el abismo,
Por no verlo á mis pies, alzo la frente!

IV

No me contento ¡no! con medianías,
Vengo á probar aquí quién es más fuerte:
Un solo vencedor, ¡ese es mi lema!
Ó todo tu laurel, ó bien la muerte!

V

¡Y he de volver! y llamaré á tus puertas;
Con frase amiga, el labio á tus amores
Un ruego pedirá, él, que sus besos,
Por no hacerte traición, negó á las flores!

VI

No te resistas porque fuera en vano
Combatir la pasión que por tí siento;
No conozco en el mundo la barrera
Que sujete mi osado pensamiento!

VII

Por tu amor he intentado lo imposible,
Salvé el abismo y desafié la muerte;
Y tú, débil mujer, ¿acaso quieres
Con tu orgullo mostrar que eres más fuerte?

VIII

No vayas hasta ahí, ¡detén el paso!
Fuerza es ya que doblegues la cabeza;
Tú eres la tempestad, yo la montaña;
El cielo se nubló, la lucha empieza:

IX

Desencadena el huracán sus furias,
Se enciende el rayo, y la vivaz centella
Hace temblar las moles de granito
Cuando en sus masas con furor se estrella!

X

Y siempre la montaña majestuosa,
Al mismo rayo que la hiere, besa:
¡Desata contra mí tus tempestades,
¡Lo quiero yo!... mi voluntad es esa!.....

XI

¡Pero no! mi pasión ya desvaría
Porque todo á mis pies se desmorona;
¡Tú eres libre mujer, y si lo quieres
Teje en mi frente la inmortal corona!

XXXVII

LIBRE estás ya laúd, vibra sonoro,
        Dispuesto estoy á oirte,
Ya doblego mi orgullo, llora ó canta,
¡No creas que yo llegue á maldecirte!
        Tu armonía levanta
Porque te escuche la adorada mía,
        Y dile lo que sabes,
¡Aunque rompas tus cuerdas, y en el polvo
Duerma después mi loca fantasía!
        Dile que nunca has sido,
Después que nos hubimos separado,
El eco de mi alma, y también dile
¡Que al cantar otro amor siempre has mentido!
        Que he querido olvidarla,
Y fué en vano intentarlo, y más ardiente
Era aún mi dolor cuando quería
Mostrarme al lado de ella indiferente!
        Que toda mi alegría
Era sólo un disfraz, y que en el fondo,

¡La tristeza sentía!
Que el pobre corazón abandonado
Al principio calló, como queriendo
Soportar el dolor, y atormentado
¡Ha sufrido sonriendo!
Que anhelaba olvidar, y que he cantado
Á otras mujeres un amor mentido,
¡Y que al querer cantar siempre he llorado!
Dile tú todo eso;
Tú, que todas las noches
Á contármelo vienes;
Y arrúllale el oído
Con la inefable música de un beso!
¡Anda, ya libre estás, tiende tus alas
Inspiración divina!
Y haz con tu voz que en las etéreas salas
Se encienda el nombre de ella,
Con la luz diamantina
Que ha de brindaros la mejor estrella!
¡Anda, no esperes más, sube radiante,
Escala las montañas,
Y en tu ardoroso vuelo
No desfallezcas nunca, y ¡adelante
Hasta tocar en el azul del cielo!
¡No importa, no, que me desprecie y odie!
Dile que ya mi orgullo,
Y su desdén, bajo mis pies oprimo,
Y al humillarme siento que redimo
Al acerbo dolor que me atormenta;

Dile que ya mi alma
Sólo pasión sin esperanza alienta;
Dile que me perdone, que es en vano
El poder olvidarla:
¡Pues débil es el corazón humano!
Hoy como ayer lo intento,
Mas cuántas veces ¡ay! he sucumbido
Al quererme arrancar el pensamiento
Y dejarlo por siempre en el olvido!
Porque ello es imposible;
¡Sacudirá el ramaje el fuerte viento
Y rodarán las hojas; pero siempre,
Sobre la rama quedará prendido
Lo que formó el amor, y siempre airado
Se verá sostenerse al blando nido
Mientras otro no le haya reemplazado!....

FIN

Índice

Índice